AÑO XXVII — Nº 1305

EL DIA

Montevideo, 19 de enero de 1958

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Dr. EDUARDO ACEVEDO

El día 14 del mes se ha cumplido el décimo aniversario de la muerte de este ilustre repúblico, personalidad brillante, colaborador emérito en la obra de Batlle, figura de gigantesca talla moral e intelectual, que dejó su influjo beneficioso para el país en lo institucional, en lo jurídico, en lo político, en la docencia, en lo industrial.



Ingenio azucarero: realidad que hizo posible el generoso río Uruguay.



Amplios canales distribuyen en los plantíos, con el agua, caudal de promesas de seguras cosechas.

CULTURA DEL AGUA

"NAVIGARE NECESSE EST", decíase en la antigüedad, cuando la única vía posible para extender la civilización a las aisladas tierras de Europa, Africa y Asia (¿y acaso América?) era la inmensidad salada de mares y océanos.

Entonces, civilizar era poblar y comerciar. Se abrían rutas para organizar nuevos mercados y establecer más colonias. El agua construía imperios. Cuando la ciencia perfeccionó el sistema de propulsión de las naves, también los ríos fueron rutas de encauzamiento de la acción civilizadora. Las corrientes de agua se buscaron siempre para alzar en sus riberas los núcleos poblados, porque el agua es vía de comunicaciones y primera condición de subsistencia.

Al aumentar la población humana y con ella las necesidades, el agua tuvo aún una función más intensa e insustituíble: promover la producción de los cultivos; propiciar la fecundidad de las cosechas. Y ahorramos los términos: asegurar, garantir, valorando la intervención específica de los otros factores concurrentes a la germinación y fructificación. Aún a suelos pobres en sustancias nutricias es posible arrancarles frutos; pero, ¿puede haber vegetación sin la gracia del agua? Cuando el cientifismo reemplazó a la rutina para obtener de la tierra el máximo rendimiento en el cultivo intensivo, el riego se erigió en factor imprescindible. Los ríos se tornaron fuentes de riqueza, ofreciendo al esfuerzo humano el potencial de su vitalidad. La eclosión de la soterrada simiente ya no debía quedar sometida a la contingencia de la lluvia oportuna bajo cielos ingrávidos y en suelos calcinados. La sedosa voluntad del agua controlada estimulaba el potencial del germen que rompiendo la cutícula se estiraba en tallos y se abría en flor para cuajar en fruto. Compensación de esfuerzos. Satisfacción de legítimas esperanzas.

¡Bondadoso tesoro de los ríos! Bendición del agua hecha fecundidad bajo los surcos!

Cuando tiempo atrás escribíamos con exaltación de conocimientos maduros el historial del río Uruguay, expresábamos ante su abandono como vía de transporte —agonía del cabotaje nacional— que él representaba todavía un enorme potencial de bienes realizables en energía eléctrica y en regadío. No conocíamos, entonces y en sus detalles, la utilización del río en esta útil actividad. Ahora que la hemos conocido y nos hemos capacitado para apreciar sus consecuencias económicas y sociales, podríamos ampliar con acumulación de datos convincentes el capítulo que trata la "Función económica del río". Y no seríamos los únicos sorprendidos: decenas de kilómetros lineales de canales distribuyen el agua del río Uruguay fecundando muchos miles de hectáreas de cultivos de arroz, caña de azúcar, hortalizas y frutales. Y esto sólo en los dos establecimientos visitados de la zona de Bella Unión.

Para los plantíos de caña de azúcar recorridos, los beneficios fecundantes del agua se condensa en estas cifras: 10.752 metros de canales de riego adecuados para distribuir 10:000.000 de litros por hora en una extensión de 2.100 hectáreas. Cinco turbobombas —740 H.P. de potencia— extraen hora a hora 6:000.000 de litros de agua del río elevándola a 23 metros; un segundo grupo de máquina —700 H.P.— los eleva todavía 22 metros más para cubrir con su nivel las cotas más elevadas del terreno.

Para la arrocera que recorriéramos con admiración, dos grupos de bombas instalados en puntos distantes del río Uruguay, succionan 2.000 litros por segundo y elevándolos a alturas convenientes, distribuyéndolos —orientados por las "taipas"— para laminar en plata brillante 800 hectáreas de sembrados sobre los cuales bandadas de garzas y otras zancudas van marcando con quebradas líneas multicolores el límite del agua que avanza desalojando alimañas para entregarlas a la voracidad del activo ejército alado.

Las cosechas —varios cientos de toneladas de productos que representan millones de pesos— no exteriorizan aún en esta espléndida materialización cíclica, los beneficios económicos y sociales derivados de los plantíos de fecundidad controlada a través del agua clara y tibia del río. La seguridad del fruto fija, también, el porvenir del hombre. El agua define tanto su vida como la de la simiente. Al asegurar flor y fruto en el tallo, garantiza paz y optimismo en el espíritu del sembrador. Milagro del agua: huidiza e inconsistente, torna firme y permanente la alegría del vivir y la esperanza del trabajo. Y al enraizar el germen fija el hombre a la tierra.

El valor social de esta última condición es admirable; patente en aquella privilegiada región tendida a la vera del río Uruguay, del Cuareim al Sur.

La certidumbre de las cosechas ha permitido colonizar la tierra; poblarla en forma estable: 22 colonos reunidos en cooperativa agraria en el ingenio azucarero; 30 familias de agricultores asentados en la arrocera.

Tales concentraciones significan posibilidades de colaboración, de vida organizada en todos sus aspectos.

Uno de los problemas sociales más graves que tiene nuestra campaña con sus extendidos establecimientos, es el aislamiento de sus habitantes. No hay posibilidad de organizar servicios sociales colectivos. Aún las pocas escuelas netamente rurales que funcionan en nuestra campaña, constituyen un problema económico-social de difícil atención y favorables soluciones. Su influencia es limitada. Por eso, quien puede, envía sus hijos a la ciudad más próxima o a Montevideo, bajo el régimen de pupilaje. El hecho afecta tanto la organización y destino de la familia como fomenta la deserción o el desapego al medio rural.

Semejante desamparo —generalmente más incisivo— existe con respecto a los servicios médicos, a los de información científico-práctica necesarios a la buena realización de los trabajos agropecuarios; para los necesarios esparcimientos, a todas las manifestaciones de la vida social, en una palabra. Cada familia ha de vivir consigo misma y distraer esfuerzos y recursos sin lograr el éxito del colaboracionismo con sus elementos especializados. Pero en este tipo de cultivos que exigen una labor permanente en sus distintas etapas de preparación de la tierra, siembra, abonado, riego, recolección, cuidado de las instalaciones de regadío, estabilizando en una zona una población de un centenar de personas, permiten la implantación de servicios sociales con los múltiples beneficios de ello derivados.

En la azucarera visitada, por ejemplo, la organización cooperativa no sólo permite el servicio del riego a la colectividad, sino que incluye la asistencia técnica para el cultivo. Y en la arrocera, la agrupación de las 30 familias ha constituído una pequeña aldea en la que cada una de aquéllas tiene su casa con huerta y jardín, energía eléctrica, luz y radio; higiene y cultura; su carnicería, su almacén de víveres y ropas, sus periódicos espectáculos de cine y su escuela pública. Se organizan excursiones; en colectividad se reparan caminos y la vida adquiere un sentido de sociabilidad que promueve la organización de la familia, la estabilización del trabajo, el bienestar general de una economía organizada. Y una posibilidad tal de cultura que en este caso particular merece cita especial para honra de sus gestores y satisfacción de toda la familia uruguaya.

Bajo la dirección de una educacionista de gran capacidad y firme vocación, y en directo contacto con un ambiente lleno de oportunidades, la escuela desarrolla una labor intensiva donde la observación de los hechos constituye el centro de interés. El proceso de germinación de la simiente se estudia en el aula y en el campo. El diagrama teórico del pizarrón es seguido en la tierra cultivada, analizando los hechos y las causas. Se deducen consecuencias de las mutaciones y se sorprende el secreto de las variantes.



Desde las bombas de captación instaladas junto al río Uruguay, una tubería de amplia sección vuelca el agua en los canales de riego.

La clasificación de especies vegetales y animales se realiza sobre ejemplares provistos por los alumnos, dándole a la disciplina un interés poco común. Los ciclos biológicos de nuestra fauna se siguen a través de ejemplares vivos por grupos de alumnos que llevan en sus libretas las anotaciones pertinentes, animadas de dibujos y esquemas. Con el íntimo conocimiento de las especies surge el amor a la naturaleza y se despiertan tempranas vocaciones por la investigación, el conocimiento racional de los hechos y las causas que los afectan. Escuela activa. Aula deseada: acaso sea una de las pocas que arranque lágrimas al enfermito impedido de concurrencia. Escuela que influirá, sin duda alguna, en hondas y favorables perspectivas en la vida de aquellos que en ella se están formando adultos. Y que libera, además, a los padres, de la frustración de su destino, sacrificado a las posibilidades inciertas del hijo. Toda esta acción social es posible por el arraigo colectivo que promueve el milagro del agua, como causa primordial. Agua generosa del río Uruguay que levantando sus fondos rocosos en aquella latitud, permite al sol darle una tibieza de fecundidad.

El riego ha hecho maravillas en aquella privilegiada zona de Bella Unión. En la tierra y en los hombres. Si a las primeras las fecunda en óptimas cosechas, a los segundos les ha dado una voluntad y una conciencia de capacidad que se traduce en suficiencia de vida y de acción.

"Con agua y fertilizantes —decíanos un activo cultivador —estamos haciendo todo lo que hace falta para darle al país la economía que necesita. Del Estado sólo necesitamos buenos transportes y racionalización en la comercialización. Lo demás... es de nuestra cuenta."



La caña de azúcar se alza lozana al estímulo del agua fecundante.

Y mirando discurrir por los anchos canales de regadío y las tierras enjoyadas de verde el agua del río Uruguay, valorábamos la generosidad de los dones que nos dio la Naturaleza y que aún no apreciamos bastante como para crearnos una "cultura del agua". Rica, múltiple, capaz, necesaria a la felicidad del pueblo.

Homero ***MARTINEZ MONTERO***

Fotografías del autor

(Especial para EL DIA)



La captación del agua de riego exige importantes instalaciones.



Caballos prehistóricos pintados en las paredes de la gruta francesa de Lascaux por los cazadores del paleolítico superior.



Los caballos en el arte oriental. Pintura de Hokusai. (Biblioteca Nacional, París).

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL CABALLO

EL PACTO CON EL HOMBRE

EL primer pacto del hombre fue con el fuego y así nació la superación cultural de la naturaleza. El segundo pacto fue con el caballo y así surgió el dominio político del mundo. El tercer pacto acaba de realizarse con la máquina y gracias al mismo emprenderemos la conquista científica del sistema planetario. El primer pacto nos hizo dueños de las cosas. El segundo nos concedió señorío sobre la tierra. El tercero nos entrega los caminos del espacio infinito realizando, recién ahora, lo anunciado por los versos de Ovidio: *Coe lum certe patet, ibimus illac;* el cielo está en verdad abierto, vayamos hacia él. Quizá falte un cuarto pacto, con nosotros mismos; el que nos revele toda la pequeñez y soberbia de nuestra intimidad, el que nos descubra nuestra desdichada condición humana en toda su flaqueza.



Carro de guerra tirado por dos caballos representado en una gran ánfora protoática. (Museo del Louvre).

Yo me referiré sólo al segundo pacto, al que firmamos con sangre y miedo con el caballo en la aurora de los tiempos históricos. Y digo históricos porque durante la edad paleolítica el caballo fue para el hombre una presa de caza y nada más. Su carne dulzona y tierna era preferida a la de los animales carniceros, fibrosa y de sabor agresivo. Las pinturas rupestres nos lo muestran en su cabal indigencia estética: peludo, panzón, de contextura retacona, de alzada minúscula. En este sentido la gruta de Lascaux es un jubileo equino. El cazador-pintor apela a la magia simpática para lograr su alimento y las filas trotadoras de caballitos, más acá de su expresivo mensaje artístico, materializan la angustiada invocación del hombre al dios enjuto de las estepas: —Dadnos, Señor, el pan de cada día...

No hay dudas que la plasticidad y el ardor de los caballos prehistóricos impresionaron a los ojeadores que los arreaban con antorchas y gritos hacia los despeñaderos. Y como testimonio de esa cinegética perdura el congelado relincho de la cabeza equina de Mas d'Azil, tallada en hueso por un Fidias magdelaniense, que atraviesa invicta el potrero de los tiempos y nos sobrecoge aún hoy con su desgarrada y dramática protesta.

En la edad neolítica, iniciada hace unos diez mil años, el hombre se transforma en agricultor y pastor. Somete a las plantas y domestica a los animales. El trigo y el buey abren las puertas de la historia en los cuatro valles cardinales de la antigüedad: el del Huang-Ho, el del Indus, el del Eufrates y el del Nilo. Pero la primeriza domesticación de los animales sólo es coexistencia. No hay aún pacto ni consustanciación. Unicamente cuando el hombre monte y guíe al caballo se producirá la alianza más formidable que jamás entablaran dos seres vivientes. La inteligencia humana poseerá desde entonces la fuerza incansable de la bestia y el brío equino estará regido por un designio espiritual. Jinete y cabalgadura se funden en una entidad superior y complementaria. El hombre se adueña del espacio geográfico, aspira el violento perfume de la guerra, se siente señor de los pueblos pedestres y de los animales abandonados al dictamen ciego del instinto. De piedra viajera, como lo fuera en la edad de la caza, y de raíz sedentaria, como lo fuera en la edad de la agricultura, se convierte en polen aguerrido que fecunda la faz de la tierra. Subsistieron los cazadores; los agricultores continuaron atados al surco; pero el jinete inauguró un nuevo estilo de vida, una nueva raza de almas, una filosofía intrépida de la masculinidad

Fue en las llanuras herbosas del Asia central donde se produjo, tres mil años antes de nuestra era, el advenimiento de los caballistas. Escribo caballistas deliberadamente, porque hubo tres etapas en las relaciones del jinete con su cabalgadura. La primera es la de estos iniciales caballistas asiáticos, obligados a serlo por una fatalidad climática. Ellos son las víctimas de lo que Huntington ha llamado "el pulso del Asia", lo cual no les ha impedido ser los verdugos de los pueblos civilizados que prosperaban en la periferia de las estepas. La segunda etapa es la de los caballeros —sean los medievales de la cristiandad o del Islam, sean los persas o los indostánicos— elevados a ese rango por discriminación social. La tercera es la de los cabalgantes americanos, determinados por la ganadería cimarrona, la distancia geográfica y la rebarbarización del europeo y sus descendientes en el Nuevo Mundo. La primera categoría es telúrica; la segunda es cultural; la tercera es económica. El caballista asiático es un depredador, un azote de dios, un flagelo desencadenado por las sequías; el caballero feudal constituye una categoría ética y un estamento nobiliario; el caballista americano instaura lo que Sarmiento llamara la "democracia del jinete" y su vocación es campesina y ganadera antes que nomádica o aristocrática.

Fue tan grande el impacto de la domesticación y monta del caballo en el alma de los pueblos primitivos que el bruto, deificador del jinete, se convirtió en dios a su vez. El caballo es para algunas tribus de nómadas mongoles el padre de la estirpe humana, pues de una mujer fecundada por un padrillo *Dzigithai* nació el primer hombre. El caballo es un ser sabio, está dotado de poderes mágicos, adivina el porvenir. En la India, en Grecia, en Germania, es decir, en el ámbito de la cultura aria, todos los grandes dioses tienen algo que ver con la especie equina. Si un hombre feo y zonzo logra entrar por la oreja izquierda de un caballo —aclaro que de esta creencia son responsables los hindúes— saldrá por la derecha buen mozo y lleno de luces. Y haciendo tabla rasa con los mitos chinos, egipcios y persas que aluden a las virtudes sobrenaturales del caballo, ¿qué significan Quirón y la progenie de centauros griegos, sino la consagración biológica de la alianza entre la inteligencia clarividente y la gracia muscular?

Los pueblos ecuestres salidos de las praderas asiáticas chocan con los sedentarios agricultores de Egipto, Mesopotamia, China e India y de esa colisión brotan los valores permanentes de las grandes culturas primarias. Dos formas de vida y dos concepciones de la obra divina y del destino humano, la vertical y la horizontal, le dan bidimensionalidad a la existencia y fundan, en el espacio y en el tiempo a la vez, la historia de la civilización.

El caballo, empero, fecunda a veces imperfectamente las culturas agrario-pastoriles. El nómade asiático y el nord-africano son los centauros absolutos: crían, doman



Terracota de la Edad de Hierro europea. La ingenuidad de la técnica escultórica en vez de disminuir afirma los valores simbólicos del jinete y su cabalgadura.



Bronce de estilo etrusco figurando a un arquero que, a todo galope, dispara sus flechas. De este modo también combatían los partos.

amansan y montan cotidianamente al equino, se confunden con él, lo incorporan a su cuerpo y a su espíritu, conviven con la bestia fiel e impetuosa. Otros pueblos lo utilizan de modo parcial. Los chinos antiguos no eran criadores, sino que lo importaban de Mongolia; los egipcios y los hititas sólo lo empleaban para arrastrar los carros de combate; los romanos, apasionados por las carreras de cuadrigas en el circo, jamás fueron grandes jinetes, quizá por el peso de su ancestro de agricultores-soldados.

La alianza plena entre el hombre y el caballo originó en el Viejo Mundo imperios súbitos y frágiles, que poseyeron la brillantez y la brevedad del relámpago. El dominio del jinete es espacial y no temporal. Tiene extensión pero carece de raíz profunda. Es la guadaña mongola, el simún del númida, la retirada ofensiva del parto, la barbarie trotadora del escita, la ola helenizante y fugaz de Alejandro.

Esta es la otra cara de la moneda. El caballo dispersa, desarraiga, extrovierte al hombre; lo convierte en un dios guerrero y errante, en un músculo heroico e inútil. No lo perpetúa ni lo asienta en la historia y en cambio lo saca del cuadro tranquilo y memorioso de los tiempos. En definitiva, le escamotea la eternidad, o lo que nosotros entendemos por eternidad...

A modo de confirmación poética de esta alianza hay unos versos en el Libro de Job que celebran al caballo de guerra con palabras llenas de exactitud y hermosura. No olvidemos que el Libro de Job fue escrito por un árabe, un hombre de a caballo por excelencia, y recordemos, como corolario, otros versos menos conocidos de un cantor del desierto dedicados a la alabanza de su cabalgadura: "Su pelo es rojizo, corto y luciente; sus flancos son finos y delicadamente alargados. Su lomo es el de una gacela y sus patas las de un avestruz. Trota como los lobos y galopa como un zorro joven". Es que en el caballo cabe toda la zoología, se resume toda la naturaleza. El caballo es el puente entre el reino animal y el humano. Es un reino en sí: el del espacio infinito, el del horizonte hambriento, el de la distancia perpetuamente imperiosa.

A la épica de la equitación corresponden una metafísica de la lejanía, una sicología de la libertad, una moral del coraje y una estética de la muerte. Pero recién estamos narrando el comienzo de la Gran Alianza. El mundo es aún adolescente y la fatiga de vivir no muestra su desdentada sonrisa. Vayamos entonces en busca de la Edad de Oro de la caballería medieval y de las democracias ecuestres de los llanos y cuchillas de América.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Los galos tenían una diosa protectora de los caballos. Este bronce galo-romano muestra a Epona, que así se llamaba la divinidad, cabalgando al modo femenino.



Caballo de la noche, según una escultura griega de fines del siglo VI a. J. C. (Museo del Acrópolis, Atenas).

IDA Y VUELTA AL PIAMONTE



El ciclópeo San Miguel, de San Ambrosio.

ENTRAR en Italia por el mar, por Nápoles, o Génova, o Venecia, o por la cornisa anfibia que va de Niza a San Remo, es dar de lleno en seguida, con una flecha en el blanco, en las italianidades ya mil veces descubiertas, redescubiertas aún, sin hacer un viaje a Italia. Porque equivale a caer, a sumergirse, a nadar (desde el primer paso andado), en la Campania, en Liguria, en el Véneto, en Toscana. ¡Con qué dosis ya en el cuerpo (en el cerebro?, ¿en el alma?) de literaturas densas, de relatos, de entusiasmos, y de imágenes! Génova, Florencia, Nápoles, Venecia, Padua, Bolonia...

Pero si en Italia se entra por los caminos alpinos, hay un misterio italiano. O sabores de misterio, por lo menos. En lo que es el Piamonte una especie de virgen inviolada, o al menos no sumergida por la riada violenta de los niágaras turísticos de ahora. Y otro modo de misterio: el de un silencio a su modo, el no haber engendrado todavía aquellas dosis de literatura densa, de relatos, de entusiasmos y de imágenes. El no ser Italia aún, y el ser "una Italia" ya. El no ser separación, y sin embargo tener su manera original.

Altos y estrechos balcones de los Alpes sobre Italia (o aberturas montañescas de lo norteño hacia el Sur): los puertos del San Bernardo, los puertos del Monte Cenis, los puertos del Montgenevre. Y abajo la llanura piamontesa. De Aníbal a Bonaparte, los grandes conquistadores a estos balcones alpinos se asomaron en su tiempo. Y son los mismos los puertos que veinte y dos siglos atrás, cuando Aníbal los pasó. O Luis XII, Carlos V, Bonaparte... En la cuenta, cinco siglos, sólo cuatro, uno y medio nada más. ¿Qué importa la cuenta en siglos? O ¿qué importa, en todo caso, el sendero de caprinos por donde pasara Aníbal, o el camino ya calzado que le sirvió a Bonaparte, o este asfalto que ahora brilla pendiente abajo en los Alpes? Asomado a este balcón, no importa en qué tiempo fuese, e importa menos aún de donde proceda o venga, o cómo sea o se llame, el conquistador de turno vio siempre lo mismo abajo: un Imperio a destruir y un tesoro a pillar. Cualesquiera que hayan sido, opresores, liberantes, políticos, religiosos, los disfraces empleados. Con un gran "razonamiento" en las barbas del disfraz. Y ahí están, al mismo tiempo, en el fondo del paisaje, con sol o niebla en las cumbres, o con bufandas de nubes, los mismos montes de siempre (también su literatura): Monte Blanco, Monte Rosa, Monte Cervino, El Simplón. Nombres de cosa poética, en la gran brutalidad de la piedra y de la nieve.

Pero es lo singular (aquel sabor de misterio), que en la montaña, ahí arriba, en los balcones alpinos, la literatura acaba. Y no aparece después hasta Liguria y Toscana. De través, hasta la Emilia. Ahora se descuelga uno (realmente se descuelga), valle de Aosta hacia abajo, si viene del San Bernardo, o por la Dora Riparia si del Montgenevre viene, y el misterio empieza ahí. Porque es estar en Italia y no estar en Italia todavía: en la Italia de la dosis literaria.

De todo ese Piamonte, sólo un nombre se proclama. Y ese nombre es Turín. ¡Qué nido de confusiones! ¿Se explica así ese silencio que rodea al Piamonte fuera de lo turinesco? ¿El país del automóvil, de la seda artificial, de la Casa de Saboya, del pragmatismo eficiente? Turín, una ciudad artificial, producto de la Casa de Saboya, que supo hacer en su tiempo aquello en que fracasaron lo medioeval italiano (emperadores y papas), fracasó el Renacimiento, Petrarca, el Dante, los Borgia, el condotierismo andante: una nación italiana. Y como toda ciudad hecha a pedido de "grande" (de la Casa de Saboya, en este caso), como las ciudades todas que en sí mismas no crecieron, ni por sí mismas tampoco, con paciencia y libremente, ni se han envuelto después en esa corteza propia que se desarrolla y crece cual las circunvoluciones de tronco de árbol espeso, tuvo ya desde el principio su forma definitiva. No la ha acariciado el tiempo, ni la limó, ni pulió. Fue siempre una ciudad nueva. Jamás envejecerá. Lo singular, sin embargo, es que Turín no lo es. ¿Lo nuevo? Este haber sido pensada. El estar hecha a medida. En cambio, ese no ser nueva... ¿Cómo lo podría ser la ciudad por excelencia de lo barroco en Italia? Lo barroco está prendido no sólo en la arquitectura. En el ambiente también. Hay una barroca exuberancia en la "fiebre laboriosa" de Turín. Ese Turín que trabaja, que pasa y no se detiene, y no se pasea al sol por las orillas del Pó... ¿no exagera el movimiento (barroco en la actividad) como pueda exagerarse en el Nápoles su antípoda la dulce inactividad? ¿Por excelencia barroco? Recién nacido, sin duda, en la vejez italiana, sin conocer la Edad Media, tampoco el Renacimiento (lo no italiano completo), este Turín "construyó" (y lo exhibe todavía) todo un barrio medioeval. Más barroquista, imposible. ¿Lo no italiano completo?... ¡Qué misterio y qué sorpresas! En este Turín barroco, ni pulido, ni limado por el tiempo, y no en Florencia, ni en Nápoles, ni en Bolonia, ni en Milán...



Barroquismo de Turín: el palacio Carignano.



Entre residuos antiguos, la iglesia de Cavagnolo.

(vieja Italia italianísima) triunfo la italianidad. Misterios del Piamonte.

Sólo Turín se proclama. Pero se descuelga uno del puerto del San Bernardo, o baja del Monte Cenis, por caminos asfaltados, y va en seguida a Turín. Rápidamente a Turín. Y desde Turín se escapa buscando a Italia en seguida. Más allá del Piamonte. Aquella de las dosis literarias. Del niagaresco turismo. Y se explica "la escapada". Si no es Italia Turín, o no es "motivo" italiano, ¿qué queda en el Piamonte? Y en el Piamonte queda... todo el real Piamonte.

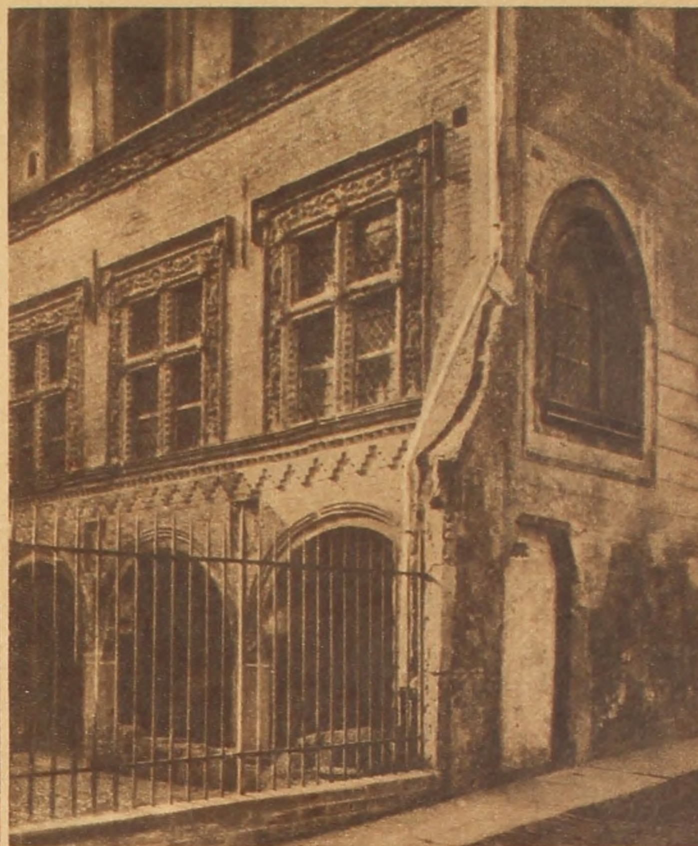
Bajando el valle de Aosta: Chatillón, Aosta, Ivréa, hasta Vercelli y Novara... Bajando el Doria Riparia: Susa, Rívoli, Avigliana... Y San Ambrosio, Vercelli, Orta, Cavagnolo, Asti...

En todas partes, "Saboyas". Esos duques de montaña (es montaña el Piamonte) y esos condes "caballeros" de donde viene, en el fondo, la Italia resucitada. De dura piedra el apodo, o metálico-tundente. O apodos de cuento de hadas. O de historia juglaresca. Un Filiberto III, "de la Cabeza de Hierro". O el primer Humberto aún, llamado "la Blanca Mano" (ese "Conte Biancamano"). Conde Rojo, Conde Blanco, Conde Verde, Conde Azul... Por todas partes "Saboyas" en este Piamonte montañesco, o de llanura del Po, extramuros de Turín. Cuando no había Turín. El Turín creado "a gusto".

Aosta, Verres, Ivréa y Chatillon, San Vicente. Un valle estrecho desciende del puerto de San Bernardo. El Monte Rosa, en el fondo. El Monte Blanco detrás. Se ensancha luego ese valle. Y Aosta es la avanzada solitaria en el margen de la nieve descendente, o un punto más en la nieve. ¡Extraña villa de Aosta! Era el "fin legal" de un mundo, al borde de una frontera. Y no es fin real de nada. Bofetada a las fronteras que sólo son un papel, llámese el papel tratado, o llámese pasaporte. Era el "fin legal" de un mundo. Los monumentos romanos, todavía en pie los unos, otros nada más en ruina, parecen el fin de un mundo. No los hay al otro lado, en la otra vertiente alpina. Y desde Aosta a Megeve, Italia acá, Francia allá, son las montañas las mismas. Y es idéntico el paisaje, la misma labor los hombres, las costumbres de montaña son las mismas, y un dialecto montaraz hablado en ambas vertientes salta esa zanja (el idioma) que en lo postrero separa a dos hombres que trabajan, sueñan, penan, aman, cantan o se lamentan y lloran, en la misma tierra alta. ¿Por qué se advierte más en la montaña, que en la llanura o en el río, lo improvisado y ficticio de una raya fronteriza, como un espejo implantado ante el vacío completo? ¿Por qué destaca la maza, la ingencia de la montaña, lo pequeñito y lo frágil de la ambición humana?



Susa, en la línea frontera.



La extraña villa de Aosta: el priorato de San Orso.

Y al bajar a Chatillón, y al venir hacia Montalto, dos fantasmas en el viento: lo que aún queda en las crestas de los castillos roqueros destinados a impedir pasos de conquistador. ¡Cuántos por aquí pasaron, a pesar de los fantasmas! ¿Habría habido conquistas si no hubiese una frontera, si jamás la hubiese habido realmente? ¡Qué singular atributo el de la "soberanía", cuando en un valle como éste, ante esa eternidad insobornable que es un Mont-Blanc, o un Mont-Cenis, se prefigura y se plasma en las ruinas de un fantasma castillero!

Ya no es lo mismo en Ivréa. La montaña insobornable se fue extinguiendo al bajar. Y esa fuerza de reproche que en Aosta se respira, en lo ilustre montañero, donde más muralla hacen las barreras de papel. En Ivréa se respira ese secreto italiano que consiste en aunar las culturas y las épocas, los fantasmas y los hombres, lo irreal y lo real, en fundirlo y en sumarlo, en ligarlo y vertebrarlo, para hacer una ciudad. Los residuos conservados de esa iglesia construída sobre el residuo encontrado de un templo del dios Apolo, y, debajo de los dos, residuos de tumba etrusca. ¿Algo más abajo aún? ¿Quién lo podría negar? Y hay algo etrusco con el templo. Y algo de Apolo en la iglesia. El castillo - residencia que fuera del Conde Verde, hoy el museo de Ivréa. El palacio comunal sobre estructuras romanas y en orden Renacimiento... Mas ¿lo qué cuenta? El ambiente. Ivréa es una villa de Toscana extraviada en las laderas de los Alpes.

Bajando el Doria Riparia: Susa, Rívoli, Avigliana... El fenómeno es idéntico al del San Bernardo abajo. Imagen de Aosta, Susa. En ambiente y monumentos. Queda Rívoli en su caso. ¿Quién recordaría a Rívoli sin la aventura fantástica del generalito pobre, flaco, ambicioso, famélico, que se llamó Bonaparte? ¡Qué misterio y semejanza entre Avigliana e Ivréa! La frontera quedó lejos. E Italia está plenamente.

El ciclópeo San Miguel, de San Ambrosio, los residuos medievales de Novara, el románico más puro de Vercelli, la abadía bizantina de Albugnano.. Todo esto no es Turín, el proclamado.

Y aún de Turín hacia "Italia" está en el camino Asti. Esa extraña catedral románica que anticipó modos góticos, único ejemplar del caso... Pero quien pasa por Asti, ¿visitó ese extraño gótico, y aún más extraño románico o... simplemente se abstuvo, y descorchó una botella? ¡Famoso vino de Asti!

J. B. TOLEDO

Turín - Marsella.

(Especial para EL DIA)



El románico más puro de Vercelli.



Fantasmas de Chatillonen el castillo de Ussel.

"MATERNIDAD".

CON EL ESCULTOR IN



MATERNIDAD.

DE tesonera voluntad y de iluminada vocación artística, Montagut es el característico ejemplo del hombre que se debe a su propio esfuerzo, quemándose en su propio fuego para realizar la obra artística expresiva de un alto y bello ideal, plenamente logrado, elevándose hasta los más significativos escultores de nuestro tiempo, creando obras que recuerdan el carácter étnico peninsular de su bella tierra tarraconense que lo vio nacer. "Soy del Ebro", dice orgullosamente, nacido en Amposta, en una modesta carpintería, no siendo difícil adivinar que los primeros juguetes de Montagut fueran las herramientas de la carpintería, con las que sin duda realizó intentos de tallas. Más tarde, doce años de edad, iniciaba sus primeras lecciones con un imaginero de Tortosa en donde empezó a manifestar sus aptitudes que debían llegar a ser singulares. Marchó a Barcelona donde alternó el trabajo con el que apenas podía vivir penosamente y el estudio en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Siguió luego en Madrid, donde no cesaron ni los apremios ni las privaciones, pero esto no contaba y, a los 18 años, alcanzó el primer galardón, con la tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

Montagut, optimista y lleno de fe, continúa trabajando cada vez con más entusiasmo. En 1929 obtuvo otra Tercera Medalla en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Barcelona. En 1930 Segunda Medalla en la Nacional de Bellas Artes de Madrid. En 1932 gana la Primera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes, máximo galardón que el Estado español da a los artistas y otros varios Primeros Premios. En 1933 gana por oposición la plaza de Pensionado por la Beca del Conde de Cartagena, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, para viajar por el extranjero visitando Egipto, Turquía, Grecia, Italia, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica, Inglaterra y Francia. A su



Primera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, en España (1932).



"EL SUEÑO

...ENCIO SORIANO MONTAGUT

...a España obtiene por concurso la
... Profesor de la Escuela de Artes y
... artísticos de Salamanca; pero Mon-
... hombre inquieto y deseoso de am-
... horizontes artísticos, decide tras-
... de nuevo a Barcelona, esta vez con
... mos laureles, para desempeñar la
... de Escultura, de la Escuela Supe-
... Bellas Artes de San Jorge y tam-
... la Escuela de Artes y Oficios Ar-

... abajos que publicamos nos los pro-
... su autor en una visita que hicié-
... su taller. El ambiente es pequeño,
... No hay espacio suficiente para
... debidamente su vasta obra. Se re-
... l vigor de un Montagut para le-
... cambiar de lugar, piedras y maderas
... osas y buscar la luz que nos permita
... el juego de sus volúmenes. Su vo-
... ambién supera todas las dificultades.
... o que dejó de ser un niño y sin
... sigue siéndolo en frescura espi-
... Montagut es ante todo íbero: es
... sonero, profundamente honesto con-
... smo, sin "ismos" ni modas que lo
... de aquella primera imagen que ro-
... ntre sus manos de niño, esbozada
... barro del Ebro, río querido por el
... Hay otras dos imágenes que Mon-
... nera: su madre y Julio Antonio, el
... migo, autor del monumento a los
... de Tarragona, una de las obras más
... ue ha visto nuestro siglo.

*

... Escuela San Jorge, Superior de Be-
... es, de Barcelona, donde dicta la cá-
... e Escultura, admiramos al maestro
... aspecto de su saber: el de la ense-
... Empezamos por recorrer el gran edi-
... ue cuenta con todas las instalaciones
... as para encarar una enseñanza am-
... tegral. Al decir integral, tomo co-
... delo la clásica academia de pintura
... tura, de enseñanza profundamente

metódica que, sin desdeñar las modernas experiencias, le da el lugar que les corresponden. De un grado al otro, por riguroso concurso, al egresar el artista cuenta con un bagaje técnico vastísimo. La Escuela le ha dado todo lo que ella podía darle; lo demás, no está en sus manos.

Le pido a Montagut nos haga un resumen de los planes de enseñanza y sus distintas tendencias. Mi pedido lo sorprende; no es fácil hacer el resumen de un vasto plan de enseñanza, sin ordenarlo previamente.

—Creo —dice— que las asignaturas que constituyen nuestros programas de enseñanza, son algo así como la clave en la formación del alumno. Existe una formación clásica, sin que esto establezca un muro entre el estudiante y el artista. El estudiante ha de ser artista desde sus primeros balbuceos y el artista estudiante hasta sus últimos días. El personaje es siempre el mismo, sólo está la experiencia de por medio. Es imprescindible que para que el alumno pueda utilizar plenamente su actividad artística, adquiera cimientos preparatorios que lo capaciten. Pasamos luego a la copia del natural. El profesor no pretende que el modelo sea copiado fielmente, pues, la obra carecería del más bajo valor artístico, sino como consulta. Ante todo es necesario que aprenda a ver, sin caprichos, sin arbitrariedades, serenamente. Si existe un temperamento interesante, aparecerá tarde o temprano. El profesor, pues, ha de enseñar a ver, no de una manera rígida y exclusivista, por el contrario, permitirá a sus alumnos su aportación personal y su peculiar trayectoria artística. Inducir al alumno sin violentar su temperamento es, tal vez, la tarea más difícil del profesor de una actividad artística. Debe, además comunicarle sus entusiasmos, la intensidad de su sentir e incluso su experiencia, sin que esto signifique conducir. Como ustedes han podido ver, proporcionamos al estudiante todos los elementos de cultura y técnica para que luego pueda dar libre expansión a su pensamiento. Gradualmente va ganando su libertad, a medida que profundiza el conocimiento del lenguaje que está estructurado con las enseñanzas de nuestros antepasados.

Termina diciendo Montagut:

—Para que el alumno pueda desarrollar su pensamiento con facilidad y comprensión, es imprescindible que tenga una compenetración total con el profesor y ambos unidos podrán desarrollar una labor fructífera, tanto pedagógica como artística.

F. MOLLER DE BERG

(Especial para
EL DIA)



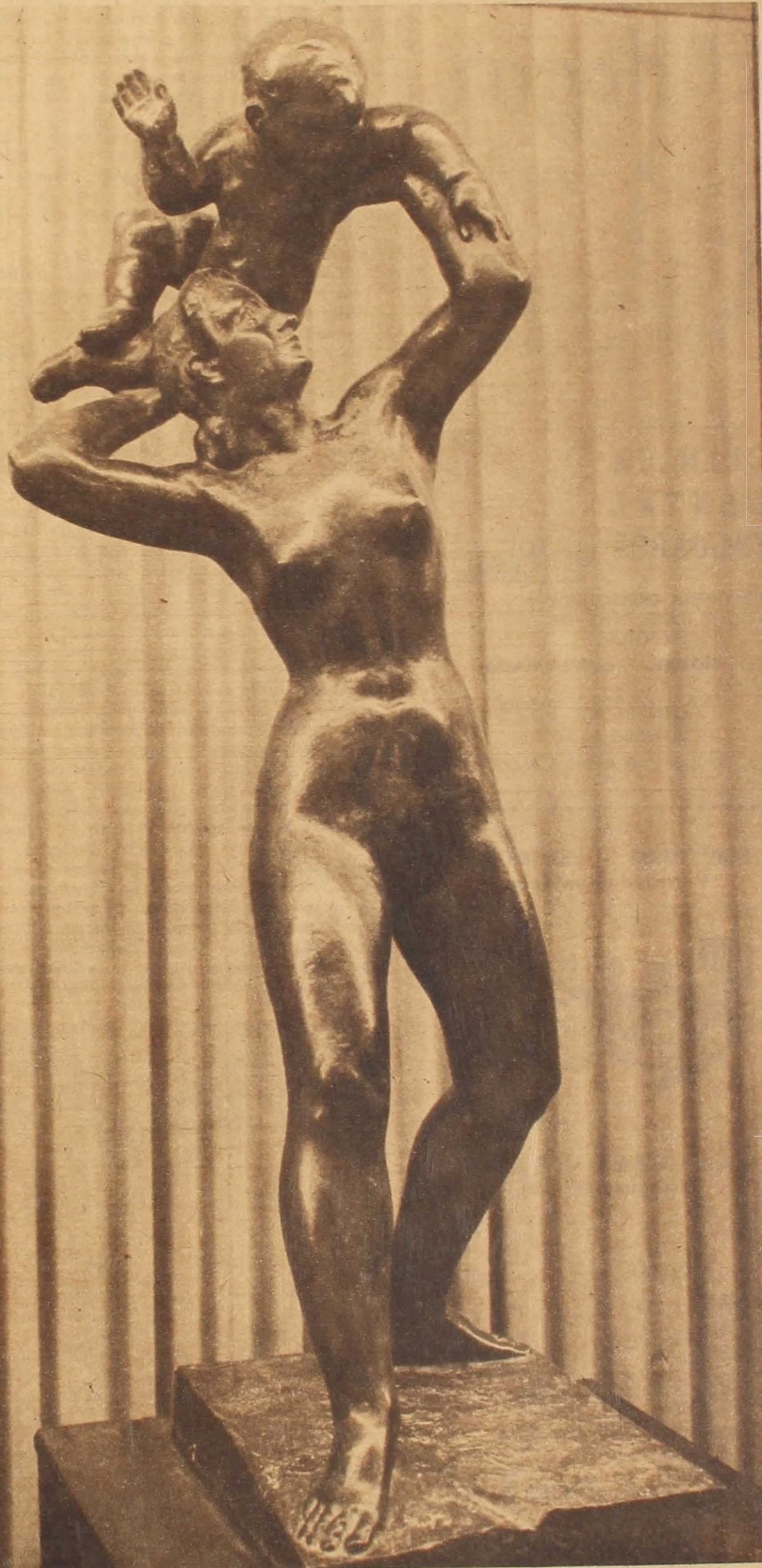
"MI HIJA".



...once.



"BAÑISTA".



Primer Premio de la Medalla "Julio Antonio", de Tarragona (1947).

DESIERTO DE ESPINAS

EL GRAN CHACO

La serie de artículos cuya publicación iniciamos hoy, fueron redactados especialmente para el Suplemento Dominical de EL DIA, por el señor José A. de Olarte; ex profesor de Etnología de la Facultad de Humanidades e Instituto de E. Superiores.

Durante nueve años permaneció en el Oriente de Bolivia donde tuvo oportunidad de realizar amplia experiencia de campo en lo referente a labor indigenal.

Recientemente realizó una extensa jira por el Chaco Boreal, preparando un informe sobre la situación indigenal, el cual fue elevado al Gobierno del Paraguay. A raíz de ese trabajo, pasará próximamente a colaborar con las autoridades especializadas de aquel país, empeñadas en solucionar la situación social económica-cultural de la población indígena.

Este primer artículo contribuirá a que el lector posea una idea más concreta del ambiente geofísico chaqueño, tan diferenciado de la región oriental del Paraguay.

HOSTIGADO por un sol implacable, el gran desierto de matorral espinoso, se deshidrata y cuartea; se endurece, transformándose en una costra estéril, cruel. La sequía se adueña del Chaco y él se retuerce cual reptil en el fuego. El agua es un mito subconsciente transformado en orín en el fondo de la honda huella dibujada cada tantos meses por las recias ruedas de las carretas llevando víveres a los fortines y campamentos.

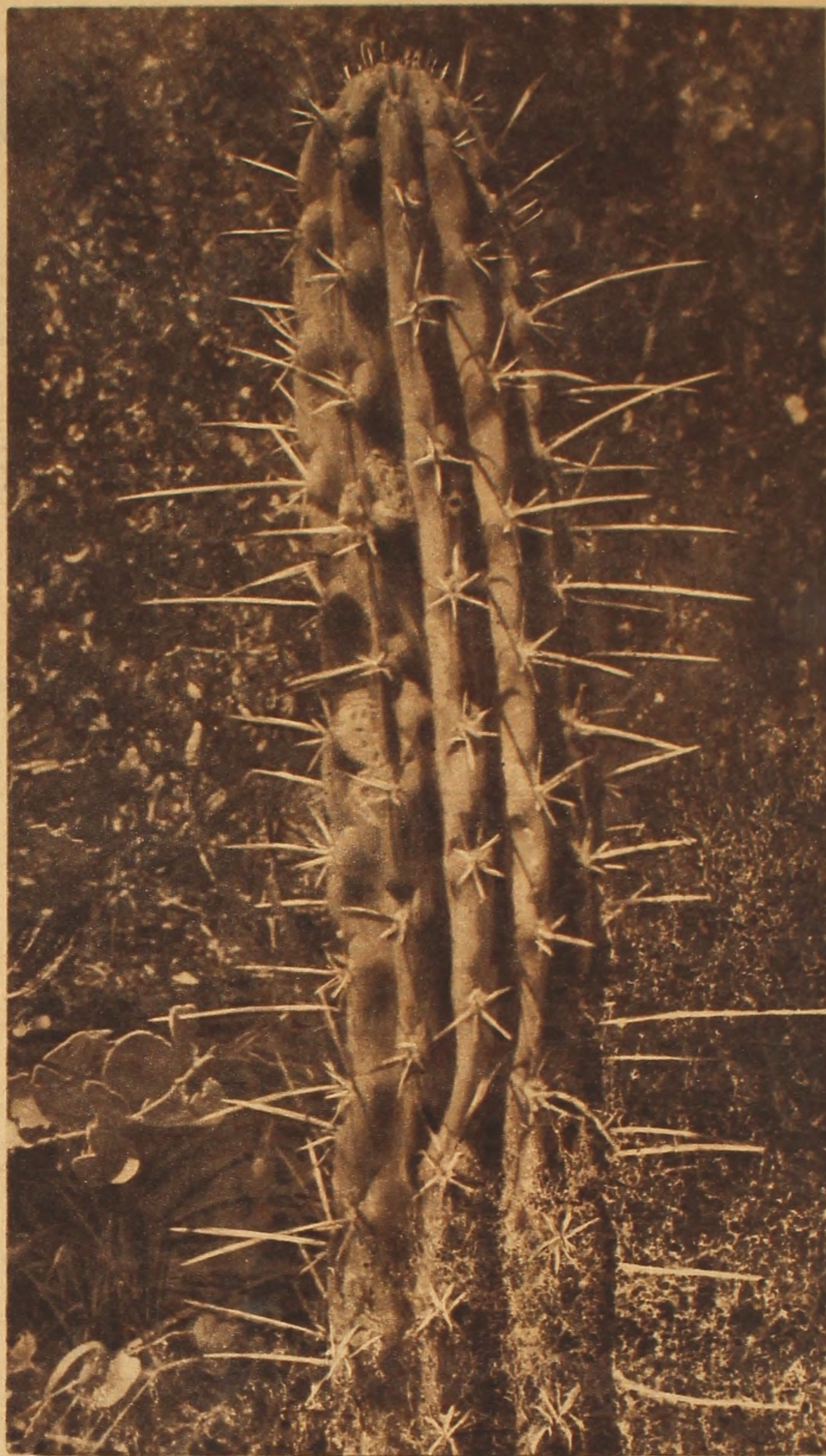
Cada cincuenta kilómetros está planteada una teoría de ojo de agua verde parduzca bajo una nube de alas zumbantes y aguijones, mientras sólo nos espera la cruda realidad de un fondo limoso, mostrando el seco dibujo de la sequía implacable. Las ranas arborícolas gimen incesantemente su canto de reclamo.

Pero el Chaco tiene claves para la sedienta crisis; la tuna botella y la batata yvy-a han salvado mucha gente durante la durísima Guerra del Chaco, ofreciendo sus pulpas de acuosa frescura. Eso el suelo, mientras el aire se reseca semejando el hálito de un infierno real.

Toda la vegetación, arbustiva y seráfila está crispada y en permanente ofensiva. El verde mismo es un engaño bajo el cual la "verdad" acecha. Una sola "verdad" de todos colores, de todos tamaños y grosores. La "verdad", impone su reinado en silencio, sin alardes, pero con su presencia multiforme integrando el cuerpo sufriente del matorral. La soberanía de la espina es absoluta, intransigente e impuesta desde el tronco, la rama y la hoja y en el aire y el suelo la espina define su violencia total.

El generoso algarrobo ha perdido la cuenta de sus enormes garfios; el samuhu joven hirsuta su cuerpo disforme con gruesas espinas cónicas, mientras la tuna vevé, rastrera y alevosa, lanza sus dardos caminadores al encuentro de nuestras botas inútiles mientras el cactus gigante impone su realeza acompañado por su séquito de variadas tunas y congéneres menores, formando una fría e impávida barrera ante la cual el valor se eclipsa. La garganta sufre y la deshidratación amenaza paralizarnos, mientras los ojos buscan el espejismo del agua pura y fresca bajando la serranía con su edénico canto.

El tigre y el puma, rivalizando con mosquitos y garrapatas, procuran sangre para beber, mientras el indio Moro —último bravo chaqueño— ignora las distancias y cabestreado por la sed, se filtra por el matorral en recorridas fabulosas. Hasta que la lluvia increíble, llegando en tormentas furibundas, satura la tierra y la encharca. Los bañados se llenan y los cauces remotos, en tanto los mosquitos son ya la realidad tremenda de un sudario sonoro y punzante.



El cactus —erizo vegetal— es un símbolo de la intimidad chaqueña.

El agua invade y sobra, transformando en pantanos los caminos ayer exhaustos.

El Chaco sobrenada prendido a sus espinas infinitas y así va zambullendo y emergiendo anualmente, mientras entre uno y otro período, las carretas con su ritmo bíblico, van y vienen, dibujando a través de centenares de kilómetros de viaje fantasmal, la geometría paralela de la presencia humana en el camino intérmine, acaso bajo la mirada del Moro y el venteo suave y arisco del tigre desde el mar de espinas, integrando una sola "verdad" punzante, de todos colores, de todos tamaños y grosores...

José A. de OLARTE

Pitiantuta, XII - 1957.
Chaco Paraguayo

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor).



El samuhu joven, también es chaqueño con su cuerpo cubierto de espinas urticantes.



El matorral chaqueño adelanta la fría amenaza de sus ramas espinosas.

LA MUJER Y EL MATRERO

CUATRO horas, más o menos, hacía que había llegado al playo aquel, que daba sobre el Río Negro. Cantó bastante en tanto apaleó la ropa. Ahora, callada —y cansada— le daba el último enjuague a la última prenda del lavado. El sol, que caía sobre su cabeza, quemaba intensamente. Las aguas tersas resplandecían. De pronto rezongó:

—¡Pucha, sino juera por estos tábanos ya tenía el lavao hecho!

Y con raudo manotazo aplastó al que se había posado en uno de sus brazos. En eso, a su izquierda, oyó un ruido extraño en la ramazón del monte. Levantó la cabeza y vio, de pie sobre el pequeño barranco, un hombre. Estaba inmóvil. Sus ojos negros y escondidos la miraban profundamente.

La mujer sintió un frío serpenteante en su espalda. Pero se aplomó en seguida. Dijo:

—Y güeno, ¿qué se le ofrece?

El hombre respondió, en voz baja pero bien timbrada:

—Por aura nada.

—¿Qué manera, pues, es esa de presentarse? Callao... de sopetón...

Hubo un breve silencio. El hombre contestó:

—Mire, moza: con esta de hoy van tres veces que la siento llegar al playo, sacar los mulambos de ese tacho, jabonarlos, golpiarlos y escurrirlos. Tres veces que la he oído cantar y rezongarle a los tábanos...

—¿Entonces me ha tenido de tiatro?

—No; hace diez días gané el monte, en él vivo...

La mujer hizo más punzante su mirar. El hombre comprendió.

—Es verdad: yo soy Pedro Marichal.

Hubo otro silencio. Luego la mujer se levantó bruscamente, torció la pieza que estaba lavando y la arrojó al latón. Y habló:

—Ya terminé, me voy.

A punto de llevar el latón sobre su cabeza el hombre le dijo:

—¿No acomoda la tabla? Siempre la deja entre las raíces de aquel sarandí...

Ella descansó de nuevo el latón sobre la arena y llevó la tabla. Ya se iba. El le habló de nuevo:

—¿No será tan güena que cuando venga otra vez me traiga una cebadura e'yerba? Algún día se la viá pagar, si llega ese día...

La mujer enderezó a la boca de salida. Al entrar en ella se volvió. Allí estaba él, en la misma actitud, mirándola serenamente. Ella dijo:

—¿No tiene miedo de que lo venda?

El rio suavemente y respondió:

—¿Y usté no tendrá miedo de venderme?

*

Al otro día, a la hora de siempre, la mujer entró en el playo. No había nadie en él. El sol ya había rebasado la línea de la selva, en la orilla de enfrente. Sacó la ropa del latón y comenzó a cantar. Pero sus ojos y su espíritu estaban en la punta del barranco. Allí apareció él.

—Güen día.

—Buen día. Tome la yerba que me pidió.

El hombre saltó a la arena. Se sentó junto a ella.

—Ni sabe lo obligao que le quedaré. Tengo carne, tabaco y juego; me faltaba esto.

Se observaron un instante. Ella habló después:

—¿Entonces, anda juyendo? ¡Es fierazo su asunto!

—¿Qué dice la gente?

—De todo. Los tiene a favor y en contra.

—Y usté, ¿de qué lao está?

—Mire, no sé entodavía...

El hombre atizó su cigarro. Y habló:

—Yo estaba en un baile. Me gustó una mujer y ella no me negó el estribo. En eso entró don Fermín Mederos con unos aparceros. Venían medios tomaos. Formaron mesa, empezaron a rejuntar las mujeres pa' su rodeo, la mía se jué con ellos, don Fermín me grito: —Desculpe, mozo, en la cocina hay dos negras. Entonces yo le contesté: —Sí, señor; y no han de ser tan mulas como esa que prendió en su carro. Le saqué la vaina al facón, a este mesmo que usté ta viendo y con ella le crucé la cara a la alzada, con el fin de coloriársela un poco. Se me vinieron, oí tres tiros, yo le abrí la barriga a don Fermín. Monté, juí, rodé, se me quebró el caballo... y con el apero en el lomo caminé hasta llegar a este monte...



Hubo un breve silencio, que ella rompió después:

—La polecía llegó a la estancia hace dos días. Han empezao a batir el monte, pero andan lejos, allá por la boca de la Cañada Sucia.

—Pronto llegarán por aquí. Pero en cuanto los olfatee me azoto en el agua y cambeo de cueva. Les viá dar trabajo, se van a ganar bien el sueldo, le garanto... ¿Quiere ver ande anido?

La mujer se estremeció, chispearon sus ojos. Con ríspido acento contestó:

—¿Pa' qué quiere que vaya?

El hombre sonrió.

—Mire, no es obligación.

—¿Con qué fin, responda, quiere que vaya?

Se habían puesto de pie los dos, estaban frente a frente. Ella había empalidecido tanto que sus mejillas y su frente se satinaron con la tonalidad de un marfil viejo. Su mirar destellaba. El dijo:

—Escuche moza: he estao horas, aquí, mirándola, solita, sin más amparo que ese latón. Dos veces la ví desnudarse, dentrar al agua y lavarse de arriba a abajo. Usté es mujer pa' ser muy codiciada... La tenía más segura que en un palenque de coronilla. ¿Y qué he hecho? Ya me van corridos diez días en el monte, ando tan escaso de mujer como de yerba, y... vea que sólo le he pedido yerba. Adiosito, pues.

El hombre le volvió la espalda, saltó el barranco, entró en la espesura. Ella fue tras él, lo siguió. Caminaron en zig-zag entre las sombras cada vez más espesas. Hasta que llegaron hasta una pequeña abra.

—¿Ese es su nido? —preguntó ella.

—Mire, allá arriba está el apero, que aura sólo sirve de cama. Aquí tengo el asador, allí las maletas. Vea la latita ande calentaré el agua pa' mi primer mate dispués de tantos días. Sobre la media noche salgo y carneo... cuando puedo, deseguida hago juego. No crea que la vida es tan dura...

El hombre la contempló un momento. Luego siguió:

—¿Sabe por qué le digo tuito esto? Pa' que vea que no tengo miedo de que me venda. Váyase y déjeme en el playo un pedazo e'jabón pa' lavarme y lavar algo...

La mujer quedó ensimismada largo rato. Después alzó el rostro y habló:

—Dígame: si yo mañana, antes de salir el sol, le arrimo un caballo bueno al lavadero, ¿usté qué hace?

—Lo escondo hasta que anochezca, y dispués corto el monte y gano el Brasil.

Otro largo silencio. Ella siguió:

—¿Y si en vez de un caballo traigo dos y me voy con usté?

El la observó largamente. Luego le respondió:

—Tuito lo que juímos semos, y seremos está escrito en una piedra tan firme y tan dura que naides ni nada lo poderá borrar. Asina es que...

*

Amaneciendo, dos días después, iban llegando a la Pulpería de la Línea, que quedaba a media legua de la frontera. Habían caminado toda la noche. El hombre habló:

—Vamos a llegar a la pulpería a ver si nos dan café o algo pa' las tripas. Yo conozco al pulpero.

Ella dijo:

—No sé si haremos bien con mostrarnos. Yo seguía pa' delante, con hambre y sin arriesgue.

Pero él enderezó al comercio. Se apearon. Y mismo al pisar la puerta, por ella salían el segundo Umpiérrez y tres milicos. No se hablaron. Sonaron dos tiros. El hombre se desplomó agonizante, con el vientre abierto. La mujer se arrodilló junto a él. Y con una angustia y una desesperación imposibles de describir, por su hondísima intensidad patética, le habló al hombre, se abrazó a él, pegó sus labios en los suyos y le bañó el rostro con sus lágrimas... hasta que lo sintió morir. Entonces se levantó transfigurada y gritó a los hombres que allí estaban:

—¡Bandidos, asesinos, ruines! ¡Lo agraviaron en un baile, quisieron rebajarlo como varón, tiraron a matarlo por una mula de carro, ¿qué iba a hacer él? ¿O es que sólo pueden ser hombres los estancieros como Fermín Mederos?

Y la mujer siguió clamando, su actitud estremecía, su voz desgarraba... Y el segundo Umpiérrez, los tres milicos y todos los que allí estaban, se sintieron tan pequeños y míseros como gusanos, porque aquella mujer tenía toda la razón del mundo.

José MONEGAL

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)



LA SEÑORA ROSALIA

Nuestro conocimiento debía producirse inevitablemente como integrantes que ambos éramos de la pequeña colonia uruguaya en Río de Janeiro.

Quien nos presentó me informó de su ejercicio de la docencia. Y de su historia. Muy simple. Tanto que es posible no excedan de una docena los compatriotas que conocen su actividad.

Es una maestra uruguaya que un día, aquí, en Montevideo, conoció a un periodista brasileño, un *jornalista* carioca, llegado a nuestras playas para intervenir en un congreso de prensa. Tras breve idilio se casaron y marcharon a Río. Ella ha hecho del Brasil su segunda patria y allí se ha afincado definitivamente. Al Uruguay nada le pide ni nada de él espera. Y esto es todo. Como se ve no hay motivo que merezca el tejer un comentario.

Pero el asunto varía si decimos que su alumnado es de lo más heterogéneo; niños hispanoamericanos, de distintos países, de diversas edades y diferentes grados de instrucción.

Es curioso aquel pequeño centro de enseñanza de tan múltiples matices, cuyo alumnado lo constituyen hijos de diplomáticos acreditados ante Itamaraty y cuyos padres, cuidando conservar la pureza de idioma de origen de sus niños, confían la instrucción de éstos a la señora Rosalía a condición de que a sus pequeños, se les imparta una enseñanza tal como la recibirían en su propia patria.

Como ella conoce programas de instrucción y planes de enseñanza de los diversos países, actúa sin inconvenientes, habiendo hecho de la historia su materia dominante; lo que se explica, ya que todo padre anhela que su hijo, fuera de la patria, conserve latente en sus sentimientos, el amor a la tierra lejana a través de un exaltado y preciso conocimiento de hechos y nombres que son fibra medular de su nacionalidad.

*

El día que recurrimos a ella en procura de un dato para redondear una cita histórica necesaria a la preparación de un tema motivo de disertación, nos dijo:

— Visítenos mañana por la tarde que en la clase de historia trataré el punto que le interesa recordar. — Nos dio una dirección y allá fuimos.

Vivía en el piso más elevado de un macizo de apartamientos, en Copacabana. Introducido en la sala que ocupaban sus alumnos, todavía en clase de gramática, tomé asiento junto a la portada abierta que daba a una amplia terraza. Ni la más leve brisa. Quietud en las aguas de la bahía. El sol abrasador del trópico, castigando implacable la naturaleza exuberante. Al frente la aristocrática barriada erizada de *aranha-ceus* erguidos en su soberbia, desafiando la grandeza de los *morros* circundantes. A la diestra el Pan de Azúcar, grande, infantil y novelero jugando con su *bondinho* suspendido de un hilito sutil como el de una tela de araña. A la izquierda el pico enhiesto del Corcovado. Desde abajo el sordo rumor de una ciudad cuyo febril ajetreo nos llegaba desvanecido por la altura en que nos hallábamos.

Volvimos a la realidad cuando la señora Rosalía, ya terminada la clase de gramática y luego de describir someramente la conformación de la Gran Colombia, plantaba en medio de aquel vastísimo escenario, la sombra inquieta de Bolívar, de El Libertador por antonomasia. Mezcla de estratega-caudillo y general-estadista; alma y corazón de un pueblo grande que en las horas decisivas, para la suerte de medio continente, paseaba sus banderas victoriosas desde las montañas de Caracas hasta las riberas del Apure y agitaba el sentimiento libertario desde los llanos del Casanare hasta las barras del Orinoco.

Fue en aquella tarde evocativa de sus gloriosas hazañas que asistimos a sus triunfos de Guayana y Calabozo, de El Sombrero y San Fernando. Le seguimos por la áspera senda jalonada por triunfos y derrotas; tan de pronto estremecida por la clamorosa exaltación de la victoria como acallada y sombría por la amarga desesperación ante el contraste.

Y por la palabra encendida de la señora Rosalía y por nuestra afiebrada imaginación, desfilaron los aciagos días de 1806 cuando Francisco Miranda, paradigma de todas las virtudes y primer escalón en el ascenso de la gloriosa epopeya, pagaba caro el intento de obtener para su pueblo la ansiada libertad con la que todos soñaran. Y lo que comenzó con el fracaso de Miranda habría de prolongarse en el tiempo y en la historia con las victorias de Boyacá y Carabobo, con Pichincha y Junín, para consagrarse en Ayacucho donde el sable de Sucre aplastó para siempre el poderío español que el infortunado La Serna defendiera.

Y cuando miramos al Sur vimos al ejército de los Andes escalar la cordillera paso a paso, trepándola lenta y penosamente... Con el músculo contraído por el esfuerzo sobrehumano. Con los cañones a brazo y el pie desnudo afirmado sobre el filo de la piedra; la respiración jadeante y la mirada ansiosamente fija en la cumbre que habría de alcanzar como coronamiento de la más audaz empresa que los hombres conocieran. Pero tan pronto superase las crestas eternamente blancas, descendería hacia el Pacífico, y resbalando por el flanco de la cordillera, irrumpiría en Chacabuco con la furia y el ímpetu de un alud desplomándose desde la altura! Era San Martín tomándose por O'Higgins la revancha de Rancagua. Era el Gran Capitán que en su ruta heroica hacia el Perú, aún le faltaba cobrarse en Maipú la derrota que en Cancha-Rayada el porfiado Osorio le infligiera!

¡Grande y hermosa historia esta de la tierra americana!

¡Grande por la grandeza de gesto de cualquiera de sus próceres! ¡Por el del mismo Bolívar, cuando en 1825, un 26 de octubre, escalaba el Potosí, y desde aquella altura — cumbre sobre cumbre — los Andes atónitos, desde sus picos nevados, lo vieron agitar en un puño, con el brazo como mástil, las banderas de Chile y de Bolivia, de Colombia y Argentina, para anunciar al mundo el fin del dominio español en la tierra americana!



El "Pao de Assucar", en Río de Janeiro, con el aerocarril que lo enlaza a la ciudad y desde el que se admira su maravilloso panorama.

¡Grande por la olímpica actitud de José de San Martín, cuando desde el pináculo de la gloria y del poder, envainaba su espada y renunciaba generosamente, desinteresadamente, en homenaje a soluciones de armonía y de paz para su patria!

¡Grande por el silencio de Artigas, por el inmenso dolor de su callado ostracismo, por la gloriosa derrota de sus tropas y por la vivencia inmortal de sus ideas!

¡Y como trasfondo de aquella sinfonía de gloria y heroísmo, el sordo latir del continente bajo el repiquetear de los cascos de mil cabalgaduras desbocadas en el impetuoso y desesperado frenesí de la gloriosa carga! ¡Al Norte Páez, el centauro Páez, estremeciendo la sabana inmensa con el raudo galopar de sus llaneros; al Sur Lavalle, el destemido argentino, atronando pampa y cordillera a la cabeza de sus bravos granaderos; y aquí nomás, río por medio, las caballerías gauchas de Don Frutos remontando valles y cuchillas para llegar, en sus correrías libertadoras, a sujetar sus potros en el mismo corazón de las Misiones!

*

La clase de historia tocaba a su fin. Aún nuestro espíritu permanecía hechizado bajo el embrujo de aquella ráfaga de heroísmo cruzando por todo lo ancho del continente americano. Fue entonces cuando la voz de la señora Rosalía, modulada en un tono grave, al cerrar definitivamente la jornada y ante la expectante actitud de sus alumnos, pronunciaba breves palabras para condensar una frase tan cara a nuestros sentimientos de orientales...

— Y sobre todo, niños y jóvenes — les dijo —, nunca dejéis de meditar sobre el hondo sentido de aquella frase que el precursor de la libertad de mi patria, desde la cumbre del poder, pronunciara ante los representantes de su pueblo: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana"...

Y esta frase que ella siempre — invariable y sistemáticamente — repetía a sus alumnos al terminar su clase de historia, estaba allí, impregnando el ambiente, aleteando como un susurro junto al oído de los adolescentes para infundirles ansias de una encendida fe republicana; la frase estaba allí, suspendida [illegible] corazón y la mente de imberbes mocetones que un día volverían a sus tierras llevando aquellas palabras como un mensaje de esperanza para tantas de estas repúblicas que andan a la búsqueda de su incierto destino; la frase estaba allí, flotando en un medio propicio para fijarse hecha carne en el espíritu de una juventud llamada tal vez en un futuro a regir la suerte de sus patrias! "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana"!...

Oír aquellas palabras dichas con hondo sentido de persuasión; oírlas en tierra extraña y expresadas con voz plena de convicción fervorosa; sentirlas penetrar el íntimo cuando a modo de prédica nos llegaban como el verbo precursor de la Verdad; oírlas junto a un auditorio de jovenzuelos que permanecían expectantes y ansiosos por desentrañar su contenido, es algo que pone el corazón en un puño... "Mi autoridad emana de vosotros...".

Es muy posible que la señora Rosalía nunca haya medido la dimensión de su conducta, pero ahora sabemos que, merced a ella, andan por ahí, por tierras de América, adolescentes y jóvenes que no ignoran el sentido de una frase capaz de abrirles el camino hacia la felicidad y hacia el fraternal entendimiento de los pueblos.

*

De pronto comenzó la ruidosa manifestación de los alumnos desplazando muebles y recogiendo libros y cuadernos.

La señora Rosalía debió bajar con su barullenta grey para acompañar a los más pequeños a sus casas.

La soledad y el silencio invadieron la sala donde las sombras del fugaz crepúsculo tropical, avanzaban presurosamente. Pero aún en el desaliño de las sillas y pese a la débil penumbra que las iba envolviendo, podíamos recordar la ubicación de los alumnos... Allí se sentaron dos hermanitos, los uruguayos Ramagli; más allá Pato y Chechi Rojas, chilenos; detrás de ellos los paraguayitos Montanaro; en la otra fila tres niños Bonilla, venezolanos; detrás de éstos los chilenitos Robles y Gómez Lobo; próximo a mí, un compatriota: Gabrielito Retamoso; junto a éste, Eugenio Aramburu y Gustavo Rojas, ambos hijos de los actuales gobernantes argentinos que por aquella época, cumplían misión diplomática junto al autor de esta nota; y en la fila vecina, las niñas de Cabral, dominicanas... Y otros, muchos otros, mexicanos, costarricenses, peruanos, cuyos nombres, lamentablemente, no retuvo la memoria.

*

Ya desde la amplia y elevada terraza era dable admirar el inigualado espectáculo del anochecer en la *cidade maravilhosa*, la incomparable Río, ciñendo el collar fulgurante de sus luces junto a la curva graciosa de sus playas. Allá arriba, sobre el Pan de Azúcar, el guiño constante de un destello rojo orientando al aeronavegante que volaba en demanda del Santos Dumont; desde abajo subía el sordo rumor de una multitud urgida por apremiantes reclamos, viviendo el drama tremendo de sus ambiciones nunca satisfechas...

Y a nuestra izquierda, por encima de estas gentes atormentadas que parecían correr tras lo inalcanzable; por sobre lo que la pródiga naturaleza daba y lo que la inquieta civilización corregía, más arriba de todo, allá en lo alto, proyectada sobre un cielo opaco, como flotando en el gris oscuro de un infinito en sombras, se recortaba la figura resplandecientemente blanca del Cristo del Corcovado, en su eterna actitud implorativa, reclamando "paz en la tierra para los hombres de buena voluntad".

Ricardo BENAVENTE

(Especial para EL DIA)



Cúpula de los Inválidos, cuya grandeza majestuosa está hecha de simplicidad y de maestría. Obra de Jules Hardouin Mansart.



Centro de la cripta que lleva los nombres de las victorias napoleónicas.

EL PALACIO DE LOS INVALIDOS Y EL MUSEO DEL EJERCITO

QUIEN no haya visitado el Palacio de los Inválidos en París no conseguirá comprender lo que es el aliento de una epopeya. Hay que haber hecho una peregrinación al Palacio de los Inválidos, fruto de la munificencia de Luis XIV, quien se complacía en llamar esta fundación "el pensamiento más grande de su reino".

Este símbolo de la arquitectura del siglo XVII edificado "gracias a la piedad y justicia del gran Rey compadecido de la triste situación de tantos valientes oficiales, de tantos soldados", es obra de dos arquitectos. El primero, Liberal Bruand, emprendió en 1671 la construcción del Palacio propiamente dicho, reservado a la comunidad militar, y de la iglesia de los soldados dedicada a San Luis en 1706, conjunto de gran vuelo aunque impregnado de cierta severidad.

Pero es a Jules Hardouin Mansart a quien se debe la obra maestra de la Cúpula de los Inválidos, cuya grandeza majestuosa está hecha de simplicidad y de maestría. Este edificio empezado en 1669 y terminado en 1706, cuya cúpula está adornada de trofeos de armas, mide 107 metros de altura. Los primeros dorados del domo fueron colocados en 1715 y costaron 50.000 escudos. Desde entonces hubo que rehacerlos cuatro veces: en 1813, en 1853, 1869 y 1913.

Es allí, en el centro de la cripta que lleva los nombres de sus grandes victorias: Rivoli, Pyrámides, Marengo, Austerlitz, Iena, Fiedland, Wagram. La Moskowa donde reposa el Emperador Napoleón I tal como lo pidió en su testamento:

"Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena en medio de ese pueblo francés que he amado tanto".

La tumba grandiosa, en pórfido rojo de Finlandia, contiene el cuerpo del Emperador vestido con el uniforme verde de los cazadores de la guardia. Las capillas vecinas encierran los sarcófagos de los hermanos del Emperador, José y Jerónimo Bonaparte, y de su hijo, el rey de Roma.

El Museo del Ejército que ocupa las salas situadas al Este y al Oeste del gran Patio de Honor permite evocar el recuerdo del Emperador a través de sus campañas, su reino y su exilio. Su prestigiosa figura revive ante nuestros ojos en la sala Turenne y la sala Napoleón que encierran sus recuerdos personales.

Una vitrina contiene el traje de General de División que el Primer Cónsul llevó en Marengo, una de sus levitas grises, el sombrero de Santa Elena, su sable de general.

Vizir, el caballo árabe embalsamado, su caballo preferido, parece montar guardia ante el lecho del Emperador en Santa Elena, lecho que no abandonó sino para ser transportado a otra habitación en la mañana de su muerte.

Pero las innumerables salas del Museo del Ejército, diez y siete en total, prolongan la historia de Francia que no se detiene jamás.

Creado en 1905, el Museo del Ejército reúne las colecciones del Antiguo Museo de Artillería, presentando las armas ofensivas y defensivas desde la antigüedad hasta nuestros días, a las que se agregan las banderas y recuerdos militares de todas las épocas que pertenecían al Museo Histórico fundado en 1896.

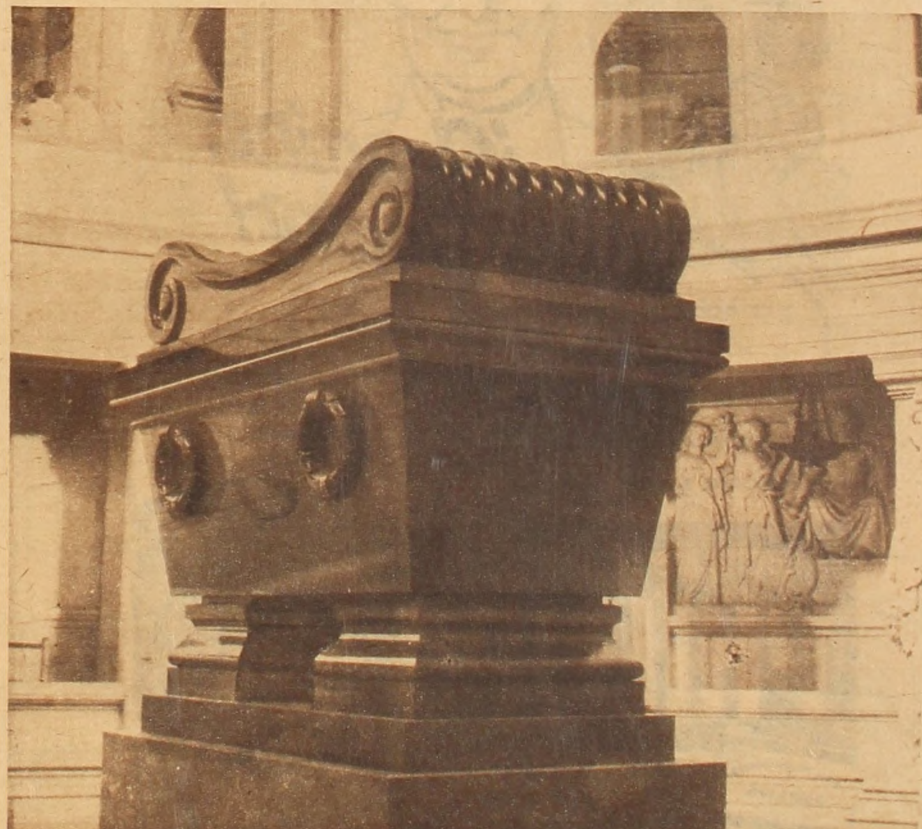
En las salas Enrique IV, Carlomagno, Luis XIII, Louvois, las armaduras, corazas y yelmos van cediendo poco a poco el sitio a las espadas y los fusiles. La sala 1914-1918, la sala Joffre y la sala de los Aliados reviven un pasado no tan lejano. En la sala Gribeauval, una colección única de pequeños modelos de artillería atrae especialmente a los visitantes.

Entre las galerías reservadas a los recuerdos históricos, la Galería Turenne, con sus banderas francesas desde Louis Philippe hasta la III República, y las banderas tomadas al enemigo durante las campañas del I Imperio y la Gran Guerra, es la más notable.

Banderas desgarradas que aún huelen a pólvora, banderas hechas jirones, toda la valentía francesa está encarnada en esta sala que lleva el nombre del célebre Mariscal que Napoleón consideraba uno de los más grandes hombres de guerra de todos los tiempos.

El edificio que Montesquieu llamó "el lugar más respetable de la tierra" no ha desmerecido. El Palacio de los Inválidos y el Museo del Ejército siguen siendo el ejemplo de una Francia eterna.

S. P. E. F. Exclusivo para EL DIA.



Tumba grandiosa, en pórfido rojo de Finlandia, que contiene las cenizas de Napoleón.

LA MUSICA EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Al comienzo del año pasado, nos fue dado participar en una interesante exposición de criterios relacionados con la enseñanza de la música en la Universidad. Fue en ocasión de una de esas reuniones comunmente denominadas "mesas redondas", convoceda en virtud de que, con motivo del segundo Festival Latinoamericano de Música, efectuado en Caracas, se hallaban en aquella capital varias personalidades cuyo parecer en el mencionado tema interesaba recabar.

Considerando la importancia del asunto que debíamos tratar, aceptamos la convocatoria llevando a la reunión antedicha, un juicio que formulábamos por escrito, y que pasamos a transcribir. Es el siguiente:

"Personalmente, creo, que en el estado actual del desarrollo de la cultura y de la música, debemos pensar que el colocar la enseñanza del *solfeo*, y de preliminares de *armonía* y *contrapunto* dentro de la Universidad, significaría en un orden de equivalencias —y valga esto como ejemplo— que pretendemos la creación de una Escuela de Enfermería, en lugar de una auténtica Facultad de Medicina.

He buscado un símil para tornar más clara mi opinión, pero lo que deseo expresar en definitiva, es que el estudiante musical que venga a la Universidad, debe encontrarse en condiciones de que su formación técnica pueda recibir las grandes inquietudes de trascendencia humana que, en virtud de los adelantos de la *antropología cultural*, se están debatiendo en nuestra época.

Debe venir, en suma, en condiciones de poder recibir una capacitación para dilucidar e investigar, inclusive muchos de aquellos errores divulgados por manuales y tratados musicales, que Europa nos legara en el siglo pasado y que infelizmente hoy siguen en vigencia.

De otro modo caeríamos en un pequeño academismo cerrado, o sea que, lo que pretenderíamos sería como enseñar el alfabeto y los elementos esenciales de la gramática, como si se tratara de un alto tópico de filosofía.

Lo que la Universidad debe enseñar al músico, es el saber investigar, para hacer de su arte un bien de toda la sociedad, e inclusive un baluarte del destino de su nacionalidad".

Una copia de esta opinión que transcribimos fue luego solicitada por el español Joaquín Rodrigo y por Carlos Chávez, y, a buen seguro, debido más a la tesis que sostiene que a la importancia de quien la formula.

Al darla a conocer ahora al lector uruguayo, creemos oportuno ampliar el concepto, admitiendo una hipótesis de que la Universidad se encuentre frente al hecho de que Enseñanza Primaria, Secundaria y Preparatoria, en un país indeterminado, no realicen las tareas de *capacitación preliminar* para estudiantes musicales.

Creemos que en ese caso, se podría desarrollar alguna modalidad capaz de cumplir este cometido, pero sin olvidar que se debe proceder con cautela, para que, tanto en aquellos que imparten como en los que reciben esta enseñanza, no se fundamente subrepticiamente la convicción de que están trabajando con disciplinas absolutas, invariables y superiores, tan sólo porque se desarrollan en el seno de la misma Universidad.

Cuando se procede mediante la *investigación*, las dudas y las dificultades son demasiado grandes para que el estudiante, y también el profesor, se dejen posesionar por el siempre traicionero complejo de superioridad. Por algo los grandes investigadores son humildes.

Efecto contrario es el que se verifica en las disciplinas de especialización musical (solfeo, armonía y contrapunto), pues, casi siempre, las menores dosis de asimilación tienen como resultado la formación de seres vanamente enorgullecidos.

No se trata, por cierto, de una ley con sentido absoluto, pero está tan generalizado tal condicionamiento subjetivo de la autosugestión de capacidad musical, que podría llegar a pensarse, en beneficio del arte musical y de todo su desarrollo, en la adopción de eficaces medios preventivos.

Y uno de estos medios consistiría precisamente en que en la Universidad, no se pierda de vista el hecho de que la investigación musical debe ser estimulada y jerarquizada, como una práctica de severos delineamientos, y en labor de equipo muy responsable.

El campo existente para la realización de estos estudios es muy vasto. Puede abarcar términos de fuerzas sociales, y en ese caso enfrentaría a estudiantes y profesores con la necesidad de efectuar una intensa recolección folklórica en estos países o precisar con método crítico las causas del gran divorcio del pueblo con la música culta en toda América. Puede también desarrollarse como análisis de laboratorio, partiendo del estudio de las características de los enlaces armónicos que surgen en las obras de un Eduardo Fabini, para luego establecer estudios comparativos con los enlaces armónicos de la música popular uruguaya. Y puede igualmente constituirse en elemento de conexión de nuestras Universidades, con la inmensa labor musicológica que en esta década se está cumpliendo en las Universidades europeas.

Y en definitiva, es en tal campo, el de la investigación, que se podrán valorar —tanto mejor si es con verdadera conciencia universitaria— las múltiples tendencias que cubren hoy los derroteros de la música contemporánea.

A todo esto cabe igualmente agregar, que existe una ley natural de íntima colaboración entre disciplinas que proporcionan dinámica y funcionalidad a un organismo. Y en la Universidad, en lo que respecta a la perspectiva de los estudios musicales, lo que puede vitalizar este mutuo e importante apoyo ha de ser buscado con ahinco en la formación de verdaderos investigadores.

Alberto SORIANO

(Especial para EL DIA)



Contrafuertes góticos de la Universidad de Oxford.



OLGUITA FALCO ELIZONDO, que cumple su primer año.



Alumnos de la Escuela de Sanidad y Servicio Social que finalizaron los cursos de práctica para auxiliares.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS®

DESPUÉS DE UN FANTASTICO DESPLIEGUE DE FUERZA Y CORAJE, ¡TARZAN EMERGIO VICTORIOSO DE LA LUCHA!















